

# **JUANA LEPA NO SE CAE**

**UN CUENTO SOBRE LA TRISTEZA,  
LA ALEGRÍA, LA VOLUNTAD  
Y LOS SUEÑOS**

**ESCRITO POR**

**JORGE BENITO HERNÁNDEZ**

**Y COMPARTIDO GRATUITAMENTE EN**

**SANACIÓN HOLÍSTICA SALAMANCA**

[sanacionholisticasalamanca.wordpress.com](http://sanacionholisticasalamanca.wordpress.com)

Siéntase libre de compartir este libro. La intención del autor es que este texto pueda ayudar a generar conciencia entre los lectores, y su voluntad es que llegue a donde deba llegar sin impedimentos.

# PRÓLOGO

Mi intención al escribir este cuento fue que sirviera al propósito de la sanación. Dado que todos los personajes representan algún aspecto de mi propia mente inconsciente, ponerlos a todos ellos a danzar juntos tenía la clara intención de reconciliarlos y hacerlos sentir unidos.

Del mismo modo, establecí también la intención de que esta historia se alojara en la mente de la primera persona que la iba a leer: Zoe, una maravillosa niña de 8 años a la que leo cuentos cada noche. Si en mí viven todos esos arquetipos, parecía evidente que también ella, y todos los seres humanos, entendemos de algún misterioso modo el significado simbólico de las historias que se nos transmiten.

Escribiendo este cuento sané, y ahora es mi deseo que te sirva a ti en el mismo propósito. Es el momento de que vuelvas a ser un niño y dejes que tu imaginación se expanda más allá de los límites que tu mente racional ha establecido. Aquí, en esta historia, estás tú también. Relájate y recupera el brillo perdido de tus ojos. Ábrele la puerta a la esperanza. Tú también sanarás.

Jorge Benito Hernández,

Lago Atitlán, Guatemala

Lo cierto es que Juana Lepa sí se cayó. Se cayó del mismo modo que muchos de nosotros nos caemos, de una forma fea y pesada. De hecho, Juana Lepa se cayó multitud de veces. Pero como todos los sabios bien conocen (los que no conocen esto no pueden ser llamados sabios, a pesar de lo que ellos digan), uno no se cae de verdad si se levanta de nuevo. Este es el testimonio de una simple pero maravillosa historia, la de una niña que se cayó y volvió a levantarse.

Yo mismo vi caerse a Juana Lepa. De hecho, puede decirse que fui yo quien le provocó una gran caída, una que nos cambió la vida a ambos. Sin embargo, esa misma noche, en sueños, Juana Lepa vino a encontrarme y allí, delante de mis ojos, se levantó de nuevo. Y, de paso, me ayudó a levantarme a mí.

Todo sucedió una lluviosa mañana de invierno, el más triste de todos los inviernos que yo había conocido hasta entonces. Yo caminaba

por el Parque del Oeste sin paraguas, ni capa de lluvia, ni siquiera abrigo, y menos aún rumbo. Aquella mañana el mundo me parecía triste, tan gris como el color de aquel cielo de invierno, o como la amargura que deja un final amargo. Sin embargo, aquello fue solo el principio, uno inquietante pero digno de ser contado.

Cuando Juana Lepa se topó conmigo quedó petrificada. Para una muchacha alegre y jovial como ella, cruzarse con un tipo empapado, desabrigado, triste y cabizbajo debió resultar impactante. O tal vez fue otra cosa lo que removi6 su barriga. Lo cierto es que nunca le pregunté.

Yo ni siquiera la vi pasar, pero al cruzarse conmigo ella rápidamente cambi6 su rumbo y me sigui6. Me senté en un banco frente al estanque de patos. Allí seguí sumido en mis terrores, totalmente ajeno a lo que estaba a punto de sucederme. Result6 que Juana Lepa se hallaba sentada a mi lado mientras me cubría con su paraguas. Cuando la miré, vi dos ojos grandes y brillantes como lunas llenas en los meses de calor, abiertos de par en par, escudriñándome. Sus ojos, radiantes de alegría y entusiasmo, rastreaban mi semblante en total perplejidad, y parecían de algùn modo hablarme en susurros. “¿Qué te sucede?”, me decían los ojos de Juana Lepa en silencio.

Sus primeras palabras fueron exactamente esas, y fue así como descubrí que los ojos de Juana Lepa nunca mienten.

- ¿Qué te sucede? – preguntó aquella niña mientras sus brillantes ojos reflejaban una insaciable curiosidad.
- Cosas de mayores. No lo entenderías. Pero gracias por cubrirme con tu paraguas – respondí yo, tratando de ser cortés y hasta esbozando una pequeña sonrisa.
- ¿Y tú cómo sabes que no puedo entender lo que te pasa? – volvió a preguntar la niña.
- Porque ni yo mismo lo entiendo – respondí mirando al estanque y dejando caer mis hombros hacia abajo.

- Así que, si los mayores no entienden algo, los niños tampoco pueden entenderlo. ¿Es eso lo que quieres decir? – preguntó de nuevo la niña.
- Más o menos – dije yo, esta vez mirando al suelo.
- Yo cuando no entiendo algo, que quedo como si nada. No me preocupa en absoluto. ¿Tú cada vez que no entiendes algo te pones así de triste? – volvió a preguntar.
- No, la verdad es que nunca me había sentido así – continué respondiendo casi automáticamente.
- Mmmmm... - ella parecía pensar una buena pregunta mientras me escudriñaba con su mirada inquieta - ¿Y por qué te estás mojando? ¿Te ayudan el agua y el frío? – preguntó por fin.

Aquella conversación me dejó descolocado. Bajar de las nubes y encontrarse con una niña preguntona era lo último que yo quería. Ni me sentía bien ni deseaba compañía, pero aquella misteriosa niña salida de la nada no paraba de hacerme preguntas que, aunque simple, a mí me resultaban muy difíciles de responder. Con el tiempo me di cuenta de que paradojas y contradicciones eran una constante en la vida de aquella pequeña de ojos brillantes.

- Estoy enojado conmigo mismo, así que supongo que me castigo mojándome y pasando frío. ¿Contenta? – respondí de mala gana.

Sus ojos estaban ahora más abiertos que antes, y su boca no se andaba lejos. Pareciese como si se hubiera quedado congelada, pero inmediatamente recuperó la compostura y comenzó a filosofar como si tuviera diez, o veinte, o tal vez treinta años más que ahora.

- Los adultos siempre andan castigando. A mí me castigan a veces y no entiendo por qué. Pero entiendo menos aún que una persona se castigue a sí misma. ¿Por qué haces eso, eh? ¿Por qué? ¿Por qué? – preguntó con insistencia, mientras con su dedo índice me daba golpecitos en las costillas.

Noté que sus ojos, aunque abiertos, habían perdido brillo. Ya no eran los mismos ojos que se me clavaron la primera vez que los miré. Mi tristeza parecía haberla invadido. Confusa, se levantó y marchó sin mirar atrás. Se detuvo un momento para decirme “Me llamo Juana, Juana Lepa, y yo nunca me caigo.”.

Yo en cambio sí me había caído. Me sentía abatido, hundido, y solo pude ver cómo su silueta se alejaba tras los árboles. Antes de desaparecer, alcancé a gritarle: “¡Yo me llamo Juglar!”.

---

Esa misma noche tuve un extraño sueño. Quiero decir, todos los sueños son extraños, pero aquel lo era aún más. Aún hoy lo recuerdo como si fuera real. Tal vez lo fue.

Juana Lepa estaba allí, a mi lado. Tal y como sucedió en la mañana, la niña estaba de repente junto a mí. Pude ver que el brillo de sus ojos aún estaba ausente, y yo ya sabía que los ojos de Juana Lepa nunca mienten.

El escenario del sueño era de lo más peculiar y extravagante. Nos hallábamos en una pequeña aldea que parecía sacada de un cuento. Ciertamente era una aldea pintoresca, pero no solo eso, sino que podía notarse hasta cierto aire de misticismo y fantasía, pero la sensación más intensa era la de ambigüedad. Es como si las cosas fueran muchas cosas a la vez (no se me ocurre mejor manera de describirlo).

Alcancé a contar 7 casitas, todas ellas hermosas, con tejados coloridos, ventanas redondas de madera y preciosos jardines separados por vallas blancas. Las paredes no eran para nada rectas, sino que se retorcían y creaban formas extravagantes y psicodélicas. No había calles, pues las casas se disponían alrededor de una fuente central con una escultura muy peculiar: se trataba de una sonriente

Juana Lepa de piedra, y un gran chorro de agua emanaba de su espalda elevándose hacia lo alto.

Había una banda de música que tocaba melodías variadas, aunque finalmente todas parecían una misma melodía que nunca terminaba. Debido a esa ambigüedad predominante, no sabría decir muy bien si las melodías eran tristes o alegres; tal vez eran ambas cosas.

Mientras los músicos avanzaban caminando y bailoteando, tocaban y tocaban sus instrumentos llenos de pasión y entrega. Estaban tan absortos en lo que hacían que no parecía preocuparles si alguien los escuchaba o no. Cuando pasaron frente a mí me detuve a observarlos con más atención, y pude darme cuenta de que estos cuatro músicos eran de lo más peculiar.

Una cebolla gigante tocaba el tambor, una especie de puerro con rastas tocaba el acordeón, un perro muy chiquito y con cara de malas pulgas se encargaba de la flauta y un mimo muy gordo acompañaba con su voz y expresiones faciales, unas expresiones a veces tristes y a veces alegres, igual que la música que tocaban. Me hubiera gustado ver mi cara en aquel momento. Creo que mis ojos estaban fuera de sus órbitas y mi mandíbula se desencajó; en aquel estado, puedes creerme cuando te digo que me costó cerrar la boca.

- Por si no te habías dado cuenta, estamos soñando – me dijo Juana Lepa como si nada.

Seguí observando desconcertado esta escena. Esta vez quise enfocarme en los detalles que me rodeaban. En el jardín próximo, alcancé a ver un señor muy bajito con orejas puntiagudas y nariz afilada. Vestía zuecos de madera, pantalón abombado y una elegante chaqueta verde de enormes botones. Me detuve a mirarlo sin salir aún de mi asombro.

- ¡Buenos días! – me dijo, saludando con una mano y acicalando su bigotillo con la otra. – Y buenos días también a ti, Juana Lepa. ¡Cómo no! – dijo sacándose el sombrero e iniciando reverencia.

Juana Lepa le devolvió una sonrisa y después me tomó de la mano. Me dirigió hacia el banco que se encontraba frente a la fuente y allí nos sentamos. Desde allí pude observar casi todos los detalles de la aldea. Algunas casas parecían vacías, tal vez sus habitantes habían salido pues no parecían de ningún modo casas deshabitadas; otras viviendas, sin embargo, tenían sus puertas y ventanas abiertas y desde ellas se escuchaba la actividad del interior.

A mi izquierda quedaba una hermosa casita de tejado de color turquesa. A través de la ventana que conectaba con la cocina podía verse a una mujer con la cara pintada de blanco y los labios de rojo preparando comida en unas cazuelas de tamaño considerable. Cuando volteó su cara pude observar que sus mejillas eran también del rojo de sus labios, y en su pelo llevaba dos moños altos y de forma triangular.

Por delante de mis ojos, una paloma pasó caminando refunfuñaba y gesticulaba con sus alas.

- Siempre hace lo mismo. Ese gato es un truhán. Primero me pide que vaya y después me dice que está ocupado. ¡Si no está haciendo nada, el muy gandul! – vociferaba para sí mientras seguía su camino.

En el jardín más alejado de mí había un perro tumbado sobre el césped. A estas alturas esto no debería llamar mi atención, pero ver a un husky siberiano en bikini me causó un gran impacto. Antes de poder decir nada, y como si Juana Lepa hubiera leído mis pensamientos, dijo:

- Esa de ahí es la perrita Gypsy. Le encanta poner su toalla en el césped y tomar el sol cada mañana. Está un poco obsesionada con su estética, todos por aquí dicen que se cree una princesa. Y ella, de hecho, les dice que eso es porque es una princesa de verdad, la princesa de un reino en el que el sol calienta de verdad, no como aquí. Es muy graciosa, sobre todo cuando le pregunta a la gente si la encuentran más bronceada. ¡Como si



podiera broncearse con toda esa capa de pelo! – dijo riéndose a carcajadas, moviendo efusivamente brazos y piernas.

Observando con más detalle reparé en que la niña tenía razón. Aquella perrita era más bien rellenita, además de contar con una considerable cantidad de pelo cubriendo su cuerpo. Pensar en lo que Juana Lepa me había dicho de la princesa Gypsy y verla a ella tomando el sol con sus lentes solares y bikini me pareció de lo más gracioso. Aunque yo no era muy amigo de las sonrisas, esto me cambió un poco el ánimo.

Quedamos en silencio por un momento. Música y fuente creaban una atmósfera calmante.

- ¿Qué es este lugar? – ahora era yo el que hacía preguntas sentado en un banco.
- Es mi hogar, el hogar al que vengo cuando duermo. Aquí la gente es muy diferente, pero me tratan bien y me divierto. Además me enseñan muchas cosas. Me gusta venir cada noche – dijo Juana Lepa cruzando y descruzando sus piernas.
- Osea que realmente estamos dormidos...
- Bueno, no exactamente. Nuestro cuerpo duerme y descansa, pero nosotros seguimos despiertos.
- ¿Siempre que dormimos pasa esto? – pregunté.
- ¡Por supuesto!
- ¿Y tú vienes aquí siempre que quieres?
- Claro.
- No lo entiendo.
- ¡Está bien, pero no te pongas triste por favor! – dijo Juana con notable preocupación.
- ¿A qué te refieres? – pregunté yo.
- Esta mañana, cuando te encontré, estabas triste y hasta te castigabas porque no entendías algo. Y ahora tampoco entiendes lo que te digo, así que por eso tengo miedo de que te pongas triste otra vez y te sigas castigando.
- ¿Y por qué tienes miedo de que yo me ponga triste?

- Porque si tú te pones triste, yo también me pondré triste. Ahora estás en mi sueño, así que todo lo que a ti te pase también lo sentiré yo. ¡Y al revés, eh!
- ¿Así que yo también puedo sentir ahora lo que tú sientes?
- Sí. Si prestas atención, te darás cuenta de qué sentimientos son tuyos y qué sentimientos no. Ven, sigamos caminando.

Juana Lepa me dirigió hacia las afueras de la aldea. Antes de salir de la plaza, pude ver cómo Gypsy estaba comenzando a ponerse bloqueador solar sobre su ingente masa de pelo.

Desde la parte trasera de las casas podíamos ver colinas verdes y campos de flores. El sol se estaba poniendo, aunque también puede que estuviera amaneciendo. Los pájaros cantaban y las mariposas parecían bailar sus melodías. El rumor del riachuelo que pasaba junto a nosotros, claro como el cristal, se mezclaba con la dulzura del sueño de Juana.

Mientras caminábamos, Juana no soltó mi mano en ningún momento, transmitiéndome su alegría y entusiasmo poco a poco, casi sin darme cuenta. De algún modo yo estaba siendo consciente de lo que ella sentía, tal y como ella me había revelado, y desde luego que para ella este lugar era muy especial.

Siguiendo el riachuelo pronto llegamos hasta un molino de agua. Juana se sentó en una plataforma de madera que quedaba sobre el río y metió sus pies en el agua, invitándome a hacer lo mismo. Me senté con ella y me quité los zapatos.

- Puedes olvidarte de los zapatos si quieres. A partir de ahora vamos a caminar por lugares blanditos y esponjosos – dijo Juana Lepa.

Cuando volví mi vista para observar mis zapatos, me di cuenta de que ya no estaban, pero no me preocupó demasiado. Si antes Juana Lepa había mostrado su curiosidad en formar en incontables preguntas, ahora era yo el que sentía el impulso de conocer, y todo lo demás me importaba mínimamente. De ningún modo estaba yo

dispuesto a despertar sin saber qué estaba pasando. Aunque todo aquello no fuera nada más que un sueño, yo nunca había soñado con tanta intensidad. Es como si ese sueño fuera lo real y mi vida cotidiana solo una ilusión.

- ¿Cómo conociste este lugar? – pregunté mientras observaba los peces jugar en el riachuelo.
- El joven de pelo verde y el viejo de barba azul me enseñaron.
- ¿Y cómo haces para venir? – insistí.
- ¡Ah! ¡Eso! Es muy fácil. Para venir aquí solo necesito voluntad. Mi voluntad me trae aquí.
- ¿Y cómo se usa la voluntad? – pregunté de nuevo.

Esta vez, los ojos de se abrieron tanto que parecía que iban a salirse de sus cuencas. Creo que su cara estaba aún más descompuesta que la mía al llegar a la aldea.

- ¿¿No... sabes... cómo... usar... tu... voluntad?!? – preguntó con tono entrecortado, totalmente fuera de sí.
- Bueno... esto... nnn-no – respondí un tanto avergonzado. El tono de su pregunta me había hecho sentir como un completo ignorante.
- ¡Pero si tu voluntad es lo más importante que tienes! – aseveró Juana Lepa.

En ese momento me sentí tan avergonzado que sin duda Juana pudo sentirlo al instante, por lo que me tomó rápidamente de la mano y se dispuso a seguir caminando. Mientras caminaba descalzo por la hierba del valle, Juana siguió hablando para distraer mi sentimiento de vergüenza, lo cual desde luego funcionó.

- En el sueño de día ocurren un montón de cosas que me ponen triste, así que vengo aquí cada noche para recuperar mi alegría. El viejo dice que algún día aprenderé a fabricar mi propia alegría, y que incluso las cosas tristes ya no me pondrán triste, pero que eso no quiere decir que no necesite regresar aquí.

Tanto él como el joven de pelo verde dicen que este lugar siempre será necesario.

- ¿A qué te refieres con el sueño de día? – pregunté.
- Sí, ya sabes, el mundo real como algunos lo llaman. En verdad es igual de real que este, aunque está lleno de normas extrañas. Aquí no hay normas extrañas.
- Pues a mí me parece que los sueños están llenos de normas extrañas – respondí yo. – Ya sabes, cebollas tocando música, y todo eso.
- ¿Y eso te parece extraño? – preguntó Juana sorprendida.
- Pues sí, muy extraño – admití.
- A mí me parecen más extrañas las reglas hechas para castigar – dijo Juana Lepa elevando una ceja y mirándome de reojo.

Su respuesta me dejó confuso y abatido. De repente empecé a darme cuenta de una verdad en la que nunca antes había reparado: lo que para mí era lógico y racional, en verdad era un entramado de normas y actitudes contrarias a sentimientos como la alegría y la dicha. Yo estaba viviendo sin disfrutar. Ser sensato y racional me parecieron en aquel momento lo más insensato y más irracional del mundo.

Esta recién adquirida conciencia revivió en mí una alegría que hacía tiempo no reconocía en mi interior. Sin duda Juana pudo sentirlo en mí, y al mirarla pude notar cómo sus ojos brillaban ahora un poquito más.

Seguimos caminando hasta llegar a un precioso bosque de árboles de diferentes tamaños y colores. El sol asomaba con sus rayos entre los claros creando hermosos juegos de luces y sombras.

En medio del camino encontramos a un gato metido en una piscina termal natural que desprendía vapor por encima de las copas de los árboles. El gato estaba allí, en medio del bosque, disfrutando de su relajante baño mientras tomaba un refresco con hielo y lo acompañaba con un surtido de chocolates.

- ¡Juana! Veo que has traído a un nuevo amiguito – dijo el gato.

- Sí, se llama Juglar. Juglar, te presento a Batzín, el gato sibarita.
- Mm-mucho gusto – respondí con cortesía.
- Sí, buena onda. ¡Disfruta del día! – se despidió Batzín.

Las situaciones, si bien raras, me estaban a la vez transmitiendo una extraña sensación de agrado, gratitud y alegría. Batzín era sin duda un claro ejemplo de alguien que disfruta su existencia. Allí, en medio de la nada, parecía no esperar nada, y eso le daba un aire de maestría ante la vida.

Nos detuvimos frente al árbol más grande de todos, que se situaba a su vez en el claro más abierto del bosque. Su tronco era tan grande que se perdía en lo alto, y su forma era espiral. Parecía como si un montón de troncos de árbol entrelazados subieran hacia el cielo formando uno solo. Alrededor de él volaban luciérnagas tan brillantes que eran visibles en medio de la claridad.

- El gato Batzín dio a entender que traes aquí a más gente. ¿Es eso cierto, Juana? – pregunté cuando estuvimos sentados junto al árbol.
- Ah, sí, por supuesto. Aquí traigo a más gente, aunque solo pueden venir una vez – respondió Juana.
- ¿Y para qué les traes? – pregunté de nuevo.
- Bueno, a veces en el sueño de día pasan cosas que me hacen caerme. El viejo de barba verde dice que cada vez que pierdo mi alegría, es una caída. A veces me encuentro a personas muy tristes, y entonces me caigo. Pero el viejo también me dijo que uno no se cae de verdad si después se levanta, así que todos debemos aprender a levantarnos. Yo averigüé que la mejor manera de levantarme es traer aquí a las personas que también se cayeron, y así juntos podemos levantarnos de nuevo. Aún sigo un poco triste por verte así, pero antes de que termine este sueño, nos vamos a levantar de nuevo, y entonces podrás llevarte toda la alegría de este sueño al sueño de día – dijo Juana Lepa llena de optimismo.

Junto a ella, en aquel paraje de ensueño, sentí una paz que difícilmente podía sentir en mi sueño de día. Noté que mucho tiempo había pasado y que la luz del sol todo ya debería haber cambiado. Ya fuese que aquel sol que vi junto a los campos de flores estuviese saliendo o poniéndose, a estas alturas debería haberse movido cambiando la luz del ambiente. Sin embargo todo seguía igual, como si el tiempo se hubiese detenido. Por un instante traté de entenderlo, pero Juana sintió mi inquietud y me golpeó en la espalda. Dejé de pensar. Acepté este momento de sublime confort y me rendí a las sensaciones.

Entonces me enfoqué en ella. Si ella podía sentirme y yo podía sentirla a ella, solo era cuestión de concentrarme para poder captar su interior. Todavía había inquietud en ella. Por lo que yo sabía hasta el momento, estaba claro que se hallaba en medio de una misión, la de rescatarnos a ambos, y todavía no la había visto cumplida. En ese instante Juana Lepa rompió el silencio.

- Entonces, ¿cuál es el problema exactamente?
- ¿Qué problema? – pregunté confuso.
- Tu problema, claro está. Si estás triste y hasta te castigas es porque algo debe pasarte, ¿no?

Me quedé pensando en la respuesta. Me esforcé por encontrar un modo de explicar lo que me afligía, hasta que finalmente las palabras quisieron salir de mi boca.

- Me gusta contar historias, pero a nadie parece interesarle lo que cuento. Así que me veo obligado a renunciar y dejar de hacer lo que me gusta. Eso me llena de rabia e impotencia, y finalmente tristeza – dije mirando al suelo.
- Es normal. Si la historia que cuentas no es buena, a la gente no le gustará – dijo Juana Lepa con total naturalidad.
- ¡Pero mis historias son buenas! O eso creo... - al tiempo de pronunciar estas palabras pude sentir dudas en mi interior.
- Me refiero a tu historia, la tuya personal, tu vida. Si tu vida no es una buena historia, no creo que puedas contar después

buenas historias. Ahora mismo tu vida es un castigo, y a mí, por ejemplo, no me gustan los castigos. Seguro que a muchas más personas tampoco les gustan, ¿no te parece?

- Ehm... bueno, sí. Supongo que estás en lo cierto.
- ¿Entonces te castigas porque tus historias no le gustan a la gente? – preguntó Juana con curiosidad.

De nuevo necesité centrarme antes de dar una respuesta.

- Tal vez me castigo porque a mí mismo no me gustan mis historias. No creo en mí, y no me gusta mi vida, así que eso se refleja en las historias que cuento. Después me culpo por no ser lo suficientemente bueno, y después de la culpa siempre viene el castigo.
- Yo creo que los adultos están tan acostumbrados a castigar y ser castigados que ya no saben cómo parar.
- Pues si... Es exactamente eso, Juana – dije yo.
- ¡Vaya! Creo que hemos encontrado juntos la solución a mucha de la tristeza que hay en el sueño de día. Al final has resultado ser muy diferente al resto. Tal vez estás hecho para solucionar problemas. ¡Quién sabe, a lo mejor puedes ayudar a la gente a través de tus historias! Pero ahora mismo lo más importante es que no te castigues más. Hay al menos una de tus historias que es genial.
- ¿Ah sí? ¿Cuál?
- Esta historia, claro está. Mira a tu alrededor. Este sueño está siendo una historia maravillosa, ¿no te parece? – dijo Juana Lepa, mientras sus ojos recobraban otro poquito del brillo que perdieron tras nuestro primer encuentro.

Sin tiempo para saborear este pequeño triunfo, a Juana le pareció que nuestro camino debía seguir. En sus ojos se podía notar satisfacción, y sus ojos nunca mienten. Pero aún faltaba algo más, tal vez mucho más, y Juana Lepa estaba decidida a devolverme al sueño de día cargado de alegría y devoción por la vida.

- Te voy a presentar a alguien- dijo Juana.

- ¿A quién? – pregunté intrigado.
- Es mejor que no te lo diga, ya lo descubrirás. Pero te va a gustar mucho, y sin duda te va a ayudar.

Salimos del bosque y tomamos nuevo rumbo. Como el sol seguía en el mismo lugar y yo no sabía si estaba amaneciendo o anocheciendo, no había manera de saber la dirección hacia la que nos aventurábamos. No pude resistirme a desvelar el misterio.

- Juana, ¿está amaneciendo o anocheciendo? – pregunté por fin.
- Recuerda que aquí las normas son diferentes al sueño de día. Tu pregunta es válida solamente allá, pero aquí no tiene mucho sentido.

Su respuesta, para mi sorpresa, me dejó satisfecho. Realmente estaba disfrutando de aquel sueño y de la compañía de Juana, así que decidí no estropearlo todo con preguntas sin respuesta.

Tras un rato que duró un tiempo indeterminado para mí, llegamos a la orilla de un hermoso lago. El sol se reflejaba en las nubes encendiéndolas como antorchas, y el agua estaba tan calmada que más parecía un espejo. A lo lejos, junto a la orilla, podía verse un enorme volcán cubierto de una densa vegetación, la misma que también cubría pequeñas montañas de forma alargada y punta redondeada situadas alrededor del lago.

Dentro podían divisarse algunas pequeñas embarcaciones. Cayucos de pescadores, barquitos de remo, pequeños veleros... En medio del lago había una diminuta isla, y en ella se divisaba una casa cuya chimenea pintaba la escena de anillos dorados.

- Bueno, ya hemos llegado – dijo satisfecha Juana Lepa – Allí viven los gemelos. Cuando los conozcas te va a dar la impresión de que son un poco raros, tal vez locos, pero no es así. No los juzgues por su apariencia, porque en verdad son sabios. Muy sabios.
- ¿Y quiénes son esos gemelos? – pregunté.



- Creo que ya te hablé de ellos. Tal vez olvidé contarte que son hermanos... El viejo de barba azul y el joven de pelo verde.
- ¿El viejo y el joven son hermanos gemelos?
- Si... respondió Juana con absoluta normalidad.
- No sé por qué no me sorprende... - añadí.
- ¡Eso es bueno! Quiere decir que ya te estás acostumbrando a las normas de este sueño, lo cual quiere decir también que estás aceptando por primera vez unas normas diferentes a las que siempre seguiste. ¡Yipiiii! – dijo Juana aplaudiendo.
- ¿Cómo vamos a llegar hasta esa isla? – pregunté, todavía con cierto aire de tozudez en mi comportamiento.
- Solo hay un modo. Tendremos que ir nadando.
- ¿Quéee? – pregunté contrariado.
- ¡Jajajaja, es broma! Iremos de la única forma posible. Tomaremos el tren.

Reímos juntos por primera vez en todo el sueño. Estaba claro que Juana Lepa me estaba tomando la medida y sabía cómo hacerme levantar. En medio de nuestra risotada, un tren emergió de las profundidades del lago y paró junto a nosotros. Tenía una máquina de vapor y dos vagones, uno de ellos azul y el otro verde.

- Es un tren de mercancía. Cada vagón es de uno de los gemelos, que reparten las cosas que traen del sueño de día. La mayoría de las cosas son para Batzín. El tipo no para de comer, beber y gastar, pero no creas que le sirve cualquier cosa. Es un auténtico sibarita. Y las cosas que hay en el sueño de día le vuelven loco. Los gemelos son los únicos que pueden traer cosas del sueño de día.
- ¿Y tú? ¿No puedes tú traer cosas de allá? – pregunté.
- No, yo solo puedo traer personas. Ellos en cambio, solo pueden traer cosas.
- Pero tú me dijiste que ellos te trajeron aquí por primera vez.
- No. Te dije que me contaron cómo llegar, y yo ya te dije cómo. ¿Recuerdas?
- Voluntad – dije yo.

- Exacto. Ellos me encontraron allá en el sueño de día y me hablaron de la voluntad, pero no me trajeron aquí. ¡Eso lo hice yo solita! – dijo Juana Lepa con orgullo.

De la máquina se abrió una puerta y un niño con pecas (y sin uno de sus dientes frontales) asomó. Estaba un tanto sucio, y cuando trataba de limpiarse el sudor con sus guantes dos o tres tallas mayores, ensuciaba su cara aún más.

- ¡Buenos días! – dijo el chico.
- Buenos días, Pedro Pecas. Necesitamos ir a la isla. ¿Puedes llevarnos por favor?

Pedro Pecas nos miró con semblante serio. Se detuvo a mirarme y me revisó de pies a cabeza como si me escaneara con la mirada.

- Ahora tengo que ir a repartir. Tendrá que ser a mi regreso. Hoy será un día largo para mí, tengo entregas en varios lugares un poco alejados entre sí. Creo que tardaré unos diez minutos en regresar. Ya sé que es demasiada espera, pero no puedo hacer más, Juana Lepa.
- ¡Oh! Diez minutos está bien, Pedro Pecas. Esperaremos a que regreses. ¡En marcha, pues! – dijo Juana Lepa agitando su mano y mostrando todos sus dientes al sonreír.

Así es como entendí que allí el tiempo no funciona con las mismas normas, aunque en realidad debí haberme dado cuenta mucho antes, cuando descubrí que el solo no se movía.

- ¿Nos damos un baño en el lago? – preguntó Juana.
- Ehmmm... es que... no me gusta mucho bañarme... Prefiero mi ducha, a decir verdad... - balbuceé.
- Venga, Juglar. Este lugar es muy diferente a todo lo que has conocido antes. Anímate y haz cosas diferentes también – dijo Juana.

Por unos instantes me quedé pensativo, de brazos cruzados, pero cuando vi que Juana se quitaba la camisa, repetí el gesto y me lancé

al agua. Para mi sorpresa, la temperatura era similar a la de mi preciada ducha, ideal para mí.

- Es por el volcán – dijo Juana Lepa, dándose cuenta de mis sensaciones. – Lo que ves allá arriba, en la orilla, es la chimenea principal, pero en realidad el volcán está debajo del lago. Todo el lago es el cráter, y el agua siempre está a una temperatura ideal.
- ¿Y no les da miedo a los gemelos vivir aquí?
- ¿Miedo? ¡Viven aquí por eso! ¡No hay nada como un baño caliente cada mañana!

Nadamos, chapoteamos y buceamos, pero antes de darnos cuenta, el tren de Pedro Pecas estaba de vuelta. Agitó su brazo para apresurarnos y nosotros salimos corriendo para no perder esta oportunidad.

- Vemos, si no os dais prisa, me marcharé y tal vez tengáis que esperar otros diez minutos. Y no queréis esperar tanto tiempo, ¿verdad? ¡Pues venga, pilas! – gritaba Pedro Pecas.

Una vez dentro, el tren cerró todas sus puertas y se introdujo en el agua. Desde la máquina podíamos ver multitud de peces, cangrejos, tortugas, serpientes marinas y plantas de todo tipo. Allí abajo había tantos colores como en el bosque del gran árbol, sin duda. Aún debajo del agua podía verse el rastro de humo que dejaba la chimenea del tren. Pedro Pecas se percató de mi observación.

- Ese humo es vital para este ecosistema. Contiene todo lo que estos animales y plantas necesitan para crecer sanos y fuertes. Los gemelos saben lo que hacen. Por eso me mandaron construir este tren de esta forma. Yo podía haber hecho que volara, pero ellos insistieron en hacer que se sumergiera para entregarle al lago los beneficios del humo. Los vagones son uno de cada hermano. Cada cual hace sus viajes y exploraciones, y traen sus propias cosas. A veces los seres de este sueño les piden cosas concretas, otras veces ellos deciden

lo que se necesita aquí. Yo he visto cosas muuuy raras en estos vagones, aunque a veces ni siquiera veo lo que entrego.

- ¿No ves lo que entregas? ¿Está empaquetado? – pregunté yo.
- No, nada de eso. Es que desde el momento en que los gemelos traen una cosa del sueño de día, inmediatamente la rodean con una magia especial. Así que en muchas ocasiones ni siquiera me detengo porque el objeto sabe que ha llegado a su destino y salta del tren.

El tren emergió de nuevo y pronto estuvimos en tierra de nuevo. Nos despedimos de Pedro Pecas dándole las gracias y nos aventuramos en la isla del lago.

A pesar de que la isla se veía diminuta desde la orilla del lago, una vez en ella resultó tener enormes playas y un frondoso bosque de palmeras y plantas exóticas.

- No, no estás equivocado – dijo Juana Lepa adelantándose a mi pregunta. – La isla es diminuta, pero las playas, el bosque y la casa son enooormes. Tardaremos un rato en llegar a la casa de los gemelos.
- Está bien, Juana. Ya me he acostumbrado a este sueño.
- Ven, caminemos, y mientras tanto te contaré algunas cosillas.
- Con mucho gusto- dije mientras iniciaba mi marcha.
- Verás, yo nunca he traído aquí a ninguna de las personas que vienen a mi sueño. Tú eres el primero.
- ¿Y eso por qué? – pregunté.
- Porque he sentido en ti algo diferente, de hecho lo sentí desde que nos encontramos por primera vez, pero tú eres tan despistado que ni te has dado cuenta todavía. Tal vez si me sigues haciendo preguntas encuentres eso que anda perdido dentro de ti. Al fin y al cabo, las preguntas nos han traído hasta aquí.
- Pues sí, hay una pregunta en concreto que quiero hacerte. Verás, yo lo que quiero es saber qué es este sueño, y en qué se diferencia del sueño de día.

- La diferencia es que este sueño no tiene normas. Aquí cada uno puede cambiar las reglas al instante. En el sueño de día hay normas rígidas, y eso se debe a que las personas que crean esas normas son inflexibles. Si ellos quisieran, el sueño de día podría ser igual que este.
- ¿Quieres decir que es posible crear allí lo mismo que aquí?
- Eso mismo digo. Lo que pasa es que allí las personas no se permiten ser espontáneas. Se han rendido. Se han caído y no saben que pueden levantarse. Así que siguen unas normas rígidas que han creado entre todos a pesar de que no les gustan esas normas. Están tan atrapadas en aquel sueño que no saben que este otro sueño existe. Por eso se necesita a alguien como yo. Trayéndolos aquí, tal vez aprendan a levantarse, como tú.
- ¿Qué es exactamente lo que haces para ayudarlos a levantar?
- Utilizo mi voluntad. Ya te dije que la voluntad es lo más importante que se puede tener, ¿o te has olvidado?

Juana Lepa se detuvo en seco. Delante de nosotros estaba la casa de los gemelos. Era una casa construida alrededor de una palmera milenaria, con un tronco tan ancho como un camión. Desde luego, los gemelos tenían un gusto arquitectónico exquisito. La casa era exuberante, toda construida de madera y sin ventanas. Era muy grande y constaba de varios niveles. Se veían terrazas, salas, estancias y más terrazas, unas sobre otras formando un precioso pero ordenado laberinto visual.

- ¡Vamos! – dijo Juana.
- Espera, Juana. Antes de entrar me gustaría saber algo.
- Dispara.
- ¿Quiénes son exactamente los gemelos? – pregunté.
- Esa pregunta es muy difícil de responder. Digamos que son los encargados de mantener el equilibrio en el mundo de los sueños. Pero en el sueño de día se ha roto ese equilibrio, y tienen mucho trabajo, así que yo les ayudo.
- ¿Y por qué visitan el sueño de día y traen cosas?

- Porque las cosas son siempre algo que antes fue soñado. Así que cada cosa que alguien sueña primero y crea después tiene la magia de cualquier otro sueño. Traer aquí esos objetos tiene doble propósito: por un lado les recuerda a los habitantes de este sueño el enorme poder de soñar, y por otro les conecta con el sueño de día. Hasta Batzín y Gypsy, que parecen interesados solamente en sus propias cosas, al recibir sus objetos, los valoran como lo que realmente son: sueños hechos realidad que provienen de otro sueño. Vamos, es hora de entrar en la casa.

Delante de aquella majestuosa casa titubeé. Algo me decía que allí dentro me esperaba algo que cambiaría mis historia para siempre, como más tarde pude comprobar. Una voz nos llegó desde lo alto:

- Por fin llegaron. La muchacha que no se cae y el muchacho que solo sabe caerse. ¡Sean bienvenidos! ¡Vamos, adelante, adelante! – dijo un anciano de espesa barba de color azul.

No se veía ninguna forma de subir a la casa. Visto lo visto, me relajé y me quedé solamente esperando qué nueva maravilla iba a presenciar con el fin de subir a aquella terraza. Al instante escuché voces detrás de mí. Eran vocecillas muy singulares. Sin duda que parecían voces de duende.

- Venga, arriba – dijo un pequeño duende que apenas me llegaba a las rodillas.
- ¿Cómo dice? – pregunté.
- Digo que arriba. Venga, súbete a mis espaldas.

Mi semblante de duda debió ofender al duendecillo.

- Qué pasa, piernaslargas, no me crees capaz, ¿eh? No es bueno juzgar por la apariencia, amiguito. Aquí donde me ves soy el tipo más fuerte de este sueño. Nadie puede igualarme en fuerza. Ahora súbete y no rechistes.

No me preguntes cómo, pero antes de darme cuenta aquel duende me había cargado a sus espaldas y había escalado el tronco del árbol como un gato salvaje. En un abrir y cerrar de ojos me hallaba en la terraza ante la atenta mirada del viejo de Barba Azul.

- Juana Lepa, admito que me sorprendes. Nunca esperé que trajeras a alguien aquí. ¿Acaso no recuerdas lo que te dijimos aquella vez? – preguntó el anciano mirándome a los ojos.
- Sí, ya sé... Pero esta vez hay algo diferente. Yo creo que él es como yo, por eso lo he traído.
- Y has hecho bien, pequeña. De hecho, ese fue siempre el propósito. Uno solo de cada clase no sirve de nada. Ha de haber al menos dos. Yo, sin ir más lejos, tengo un hermano gemelo. Un maestro de sueños solo sería incompleto y desequilibrado. Han de existir opuestos que se complementen, y por eso existen el sueño de día y el sueño de noche. Lo mismo sucede contigo, Juana Lepa. Necesitas una pareja que te complemente, y Juglar parece perfecto: tú nunca te caes y él nunca se levanta.
- ¿Crees que podría ayudarme en mi tarea?
- Si está aquí, ahora, es porque sin duda ha sido llamado. Pero... ¿será elegido? Eso está aún por ver.
- Podemos probar – dijo Juana Lepa. – Seguro que si le das una oportunidad te mostrará su verdadero potencial.
- Yo estoy de acuerdo - dijo Barba Azul. - Por mí puede quedarse. Pero no sé qué pensará mi hermano. Sin su aprobación no puedo permitir que se quede. Ve a buscarlo y cuéntale una historia. – dijo dirigiéndose a mí. - Si la historia que le cuentas le gusta, entonces te permitiremos venir aquí con las mismas condiciones que Juana Lepa.
- ¿Y dónde puedo encontrar a tu hermano?
- Pelo Verde está en el sueño de día, y allí deberás encontrarle.
- ¿Y cómo sabré dónde está? Mejor dicho, ¿cómo sabré quién es?

- No lo sabrás. Ese es el reto. Deberás regresar al sueño de día. Allá será tu prueba definitiva. Cuando estés allí, dudarás, créeme. No sabrás si seguir con tu misión o si todo lo que viviste aquí fue solo un sueño. La gente del sueño de día no cree en el valor del sueño de noche, así que cuando estés allá te verás arrastrado por esa sensación. Mi hermano, sin embargo, te aguardará disfrazado. Deberás encontrarle y contarle una historia, y tras escucharla él decidirá si eres digno de recibir los mismos honores de Juana Lepa.
- ¿Y si no le cuento la historia a la persona adecuada? – pregunté yo.
- ¡Entonces deberás contársela a otra, y a otra, y así hasta que cumplas tu misión!

Mire dubitativo a Juana y me di cuenta de que sus ojos habían recuperado su brillo inicial. La alegría la había invadido de nuevo. Eso me puso tan contento que ella se puso aún más contenta, y nuestros sentimientos nos fueron elevando más y más hasta que me sentí pleno y renovado. Al instante entendí a qué se refería Juana con eso de levantarse. Gracias a sus ojos, yo estaba firme de nuevo, y dispuesto a cumplir con un destino que jamás imaginé.

- Parece que el chico está dispuesto. Está bien. Es hora de despertar al otro sueño. Demuestra tu valía, Juglar, y recuerda: uno no se cae de verdad si después se levanta – dijo el viejo Barba Azul, y acto seguido sopló mi cara suavemente.

Todo empezó a ponerse borroso y Juana, antes de desvanecerse se acercó y besó mi mejilla.

- Yo confío en ti, Juglar. Sé que lo harás. Hasta entonces, te esperaré en este sueño.
-



Desperté en mi cama con la extraña sensación de haber soñado algo real. Pronto se me pasó. Solamente era otra fría mañana de invierno, un día como otro cualquiera para seguir compadeciéndome de mí mismo. Una nueva oportunidad para fracasar. Mis viejos hábitos seguían tan firmes y presentes como siempre.

Sin embargo, antes de incorporarme recordé que Juana Lepa me había dado un beso en la mejilla, y que me dijo que me esperaba. Eso me hizo recordar instantáneamente todo lo demás, y cada detalle del sueño se clavó en mi memoria y quedó grabado.

¿Fue real? ¿O tal vez el impacto que Juana Lepa había causado en mí la mañana anterior en el parque había provocado que soñara con ella?

Decidí volver al parque para ver si encontraba a Juana. Me preparé rápidamente, aunque esta vez sí tomé abrigo y paraguas. Al hacerlo sonreí pensando que un simple sueño de niños había cambiado algo en mí.

Regresé al mismo banco donde la conocí a ella y decidí esperar. Tal vez Juana Lepa volvería a pasar por allí. Pero lo único que pasó fue el tiempo, y ni rastro de la niña. Las dudas me invadieron. Con las dudas llegaron pensamientos negativos, y con ellos de nuevo el miedo y la falta de alegría.

Regresé a mi casa. Sin saber qué hacer, coloqué el cubo para la gotera y me senté en el sofá. Miles de pensamientos volaron por mi cabeza a toda velocidad. En un impulso, comencé a escribir. Relaté sin descanso todo lo acontecido en mi sueño, detalle por detalle, sin omitir nada. Decidí que le enseñaría ese cuento a Juana Lepa, y tal vez ella me diría que es bueno, y entonces yo me pondría muy contento y me levantaría de nuevo. Desde aquel día, regresaría cada mañana al mismo banco donde la conocí, y tarde o temprano la encontraría y le mostraría mi historia.

Así hice. Regresé la mañana siguiente, y la mañana de después, y así cada día durante semanas y semanas.

Pasó más de un año. No encontré a Juana Lepa, y comenzaba a perder la esperanza. Estaban declinando mis ganas de regresar a aquel lugar cada día, y los viejos hábitos parecían invadirme de nuevo. En aquel instante, justo cuando había decidido marcharme, una ancianita se sentó en el banco y comenzó a dar de comer a las palomas, que pronto la rodearon montando un buen jolgorio.

Me levanté y caminé. Pero me detuve. Giré y allí estaba esa mujer, observando a las palomas con reverencia. Miré sus ojos y en ellos había algo extraño. Les faltaba brillo. Me recordaron a los ojos sin brillo de Juana Lepa. Decidí regresar y sentarme junto a ella. Cuando giró su cabeza para mirarme, yo le dije:

- Voy a contarle una historia. Es algo que viví en un sueño muy especial, un sueño real, tan real como este otro sueño. Está todo aquí escrito, mire. – le dije enseñándole los papeles. Acto seguido comencé a leer. - Todo sucedió una lluviosa mañana de invierno, el más triste de todos los inviernos que yo había conocido hasta entonces. Yo caminaba por este mismo parque sin paraguas, ni capa de lluvia, ni siquiera abrigo, y menos aún rumbo. Aquella mañana el mundo me parecía trise, tan gris como el color de aquel cielo de invierno, o como la amargura que deja un final amargo. Sin embargo, aquello fue solo el principio, uno inquietante pero digno de ser contado.

Seguí contando la historia mientras la anciana la escuchaba atentamente y sin articular palabra alguna. Parecía como si mi historia, de algún modo, le resultara familiar.

- Me he pasado la vida culpando al mundo por no escuchar mis historias. Me agoté desenterrando los errores de los demás cuando los míos dormían en el olvido. Así fue como me caí. Pero gracias al sueño de Juana, desperté la conciencia de mis errores y eso me ayudó a levantar. Y ahora regreso a este mismo lugar, cada mañana, con la esperanza de encontrarme con ella una vez más y mostrarle mi gratitud. He logrado

perdonarme a mí mismo por permitirme vivir miserablemente, pero el perdón es solo una parte. Me falta un gracias, “Juana Lepa”. Y tu “te amo”, desde luego.

La anciana dio un suspiro y se puso en pie.

- Es una historia preciosa. Debería usted dedicarse a contarle historias a los demás, seguro que les ayuda como hoy me ha ayudado a mí.
- Sí, eso es lo que siempre quise, y la niña de esta historia me enseñó que no debo nunca renunciar a mis sueños, porque cuando renunciamos a ellos, nos caemos. Y Juana Lepa no se cae – contesté.
- Muchas gracias – dijo ella. – Me ha traído alegría. Y estoy seguro de que Juana Lepa también se va a alegrar.
- ¿Cómo dice? – pregunté desconcertado.
- Lo que oyes. Juana Lepa se va a alegrar de verte esta noche en el sueño. Has cumplido tu misión.

Cuando terminó de pronunciar estas palabras, la anciana se tiró de la nariz y cayó su disfraz, y ante mí apareció un joven alto, delgado, con el pelo largo y puntiagudo de color verde y un vestido negro con capucha y cremallera.

- ¡¡Ese pelo!! ¡E-E-Eres tú! – dije con tono entrecortado.
- Sí, soy yo. Ha pasado más de un año pero finalmente has cumplido con tu cometido. Me alegro por ti, y por Juana Lepa, y por todos los sueños. Ahora comienza tu verdadera misión, pues esto solo fue una prueba. Nos vemos esta noche. – dijo Pelo Verde metiendo sus manos en los bolsillos, girándose y comenzando su marcha.
- ¡E-Espera! ¡No sé cómo ir!
- Claro que sabes cómo. Has venido aquí cada mañana durante un largo año. No faltaste ni un solo día. Cada vez que regresabas a tu casa sin encontrar a Juana era una caída, pero cada mañana te levantaste de nuevo y regresaste. Eso es

voluntad. Úsala esta noche para encontrar a Juana Lepa. – dijo, y siguió caminando hasta desaparecer entre los árboles.

Aquella noche fue el comienzo de una nueva historia para mí, un nuevo sueño. Me encontré a mí mismo sentado en la fuente de la aldea del sueño, comiendo un helado de colores. Todo parecía igual: la luz, los músicos, la princesa Gypsy tomando el sol en bikini...

- Te has levantado – dijo una voz tras de mí.
- ¡Juana! – grité con entusiasmo.
- Jajajajajaja – rió la niña.

Me apresuré a abrazarla. Nunca en mi vida me había sentido tan alegre. Juana comenzó a hablar.

- Juntos ayudaremos a muchas personas a levantarse de nuevo. Gracias a nuestra alegría y nuestro trabajo el equilibrio regresará y se transformarán los sueños de todas las personas. La clave es la alegría, y para estar alegre uno solamente necesita voluntad. Tú te has caído tantas veces que sabes lo duro que puede resultar si te quedas ahí, sin alegría ni ganas de disfrutar el enorme regalo que es estar soñando tu vida. Lo que vas a enseñarle a los que traigas aquí va a cambiar la historia para siempre.
- 

Así fue como Juana Lepa y yo comenzamos un nuevo camino juntos, como equipo. Pero esa es otra historia, una que tal vez algún día sea contada.

De momento, Juana Lepa y yo seguimos siendo un equipo de dos soñadores que viven y cuentan historias maravillosas. Nos seguimos cayendo, pero ni una vez se nos ha olvidado que con nuestra voluntad nos levantarnos de nuevo. Día a día recordamos, gracias a las personas que traemos a nuestro sueño, que caerse está permitido, y que todos tenemos derecho a sentirnos tristes. ¡Pero sin duda estar alegre se siente mucho mejor!

---